



# LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 17 DE MAYO DE 1886→

NUM. 229

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Los candeleros de plata* (continuación), por don Pedro María Barrera.—*Apuntes artísticos. Enrique Serra*, por don A. Fernández Merino.—*La cruz de mayo*, por don Angel R. Chaves.—*Carta de América*, por A. Tissandier.—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*El músico de aldea*, cuadro de Vicente March.—*Tarea enojosa.*—*El arrepentimiento*, cuadro de Arminio Freye.—*Marinero finlandés*, apunte de A. Edelfelt.—*El veterano*, cuadro de Carlos Spigweg.—*Tranvía funicular de San Francisco.*—*El barco rotatorio en los jardines de Woodward, en San Francisco.*—*Los limpia-botas negros en San Francisco.*—*Dato bagobo de viaje.*—*Río de Davao (Mindanao).*—*Suplemento artístico: Camino del mercado*, cuadro de Adriano Moreau.

## NUESTROS GRABADOS

### EL MÚSICO DE ALDEA, cuadro de Vicente March

Bien pensada, bien sentida y bien ejecutada, la obra de March es un cuadro de costumbres recomendabilísimo. La escena tiene color local; los personajes están bien colocados; sus actitudes son naturales; todos hemos visto á ese pobre ciego que vaga de aldea en aldea

y de alquería en alquería, cantando frecuentemente esas coplas de autor desconocido; saturadas de poesía popular, en que el concepto brota inculco como la violeta en el bosque, como la amapola en los campos.

¡Pobre bardo de rústicos labradores y de fruterías zafias!... ¡Quién te contara que en otros tiempos tu acatarrado instrumento abría de par en par las puertas de los góticos castillos y que las crónicas narraran sucesos de castellanas que partieron tálamo y patrimonio con oscuros trovadores!... Otros tiempos, otras costumbres.... En nuestros prosaicos días, gracias que artistas de la valía de March consagren su talento á pintar la triste figura y más triste suerte de ese trovador de la actualidad!

### TAREA ENOJOSA, de una fotografía de Stevens

¡Cuán agradable sería la existencia en la primavera de la vida, si la humanidad no se hubiera empeñado en contrariar á la naturaleza!... ¿A quién le sugirió el diablo la triste idea de inventar gramáticas y aritméticas y esas tristes jaulas llamadas colegios, en que se pudren de fastidio los párvulos y adolescentes de ambos sexos, cuando el sol baña los campos, brotan las flores y cantan los pájaros, seres felices á quienes les importa un grano de mijo (lo de un bledo se deja para los hombres) de que dos y dos hagan cuatro ó hagan cuatrocientos?... Para jugar al volante, vestir y desnudar las muñecas ó dar un asalto á la despensa, supremas ilusiones de la infancia, ¿qué falta hace saber cuántos dioses hay en el cielo ó cuántos artículos en el idioma?...

Así discurre para sus adentros la niña de nuestro cuadro, sujeta

á la mesa de su estudio por una mamá desconocedora de las ventajas de la ignorancia. Y que tales son los pensamientos de esa niña, lo demuestra de una manera gráfica su semblante, su actitud, su distracción, cuantos síntomas externos pueden revelar las evoluciones del cerebro ó los impulsos del corazón. Feliz, felicísimo ha estado el autor de esta reproducción; raras veces el artista ha traducido tan fielmente en un retrato el estado de ánimo de un personaje. Ejecutada la obra con los menos accesorios posibles, nada distrae al espectador de su objeto principal, único diríamos mejor; y cuanto más se le contempla, más crece la admiración que legítimamente inspira.

### EL ARREPENTIMIENTO, cuadro de A. Freye

Hay en esta obra un doble estudio, el estudio del orden físico y el del orden moral, del exterior y del interior humano, del cuerpo y del afecto dominante. En el primer concepto demuestra el autor conocer perfectamente la estructura anatómica; hay en ese hombre algo más que carne y huesos; hay músculos, tendones, nervios, cuanto produce la tensión, sostiene la masa humana y da lugar á contracciones violentas, consecuencia ó expresión de un no menos violento estado del ánimo. Este estado se revela, no tan sólo en la actitud, sino en el semblante de nuestro personaje. Y aquí entra el estudio moral de la persona.

Si ese hombre ha cometido una falta; harto lo indica su mirada fija en el suelo, como si, levantándola, temiera encontrar la de aquellos que hubieran de afearle su conducta. Esa falta provoca una manifestación de arrepentimiento, no de remordimiento, dos sensacio-



EL MÚSICO DE ALDEA, copia fotográfica del cuadro de Vicente March



nes distintas que el artista no ha confundido ciertamente. En ese rostro alterado ha impreso sus huellas el dolor, pero no la desesperación; la tempestad se cierne sobre su cabeza, pero no ha estallado dentro de su pecho. En una palabra, la obra de Freye es fruto de un estudio profundo que demuestra la potencia de su autor.

A las dificultades inherentes al asunto ha agregado el artista las del dibujo, escogiendo una presentación de la figura en condiciones tan difíciles que únicamente pueda resolverlas quien haya hecho del desnudo un estudio tan á conciencia como lo ha hecho el autor de nuestro cuadro.

#### MARINERO FINLANDÉS, apunte de A. Edelfelt

El finlandés es individuo de una raza típica. Si se compara el apunte que hoy publicamos con el publicado en el nuestro número 224, se echará de ver la perfecta semejanza entre uno y otro mariner. Esto aparte, el tipo de Edelfelt es una nueva prueba de la precisión con que observa y la firmeza con que dibuja.

#### EL VETERANO, cuadro de Carlos Spigweg

Cuéntase del célebre cantante Verger, padre del actual baritono del mismo apellido, que habiendo sido atacado de una grave enfermedad en su juventud, se metió en cama bajo profundo y dejó el lecho tenor de fuerza. Algo parecido ocurrió al autor de nuestro cuadro, que enfermó boticario y convaleció pintor. La espátula, en manos de Spigweg, se convirtió en pincel, á la farmacia reemplazó el taller, y de sus buenos tiempos del mostrador y de las manipulaciones conservó, y conserva aún, por raro privilegio, una dosis de buen humor, que trasciende casi siempre á sus obras de arte, y entre éstas á sus deliciosas caricaturas, que le han conquistado merecida popularidad en Alemania.

No pertenece á este género su *Veterano*, delicioso y típico cuadro de costumbres militares. Lo primero que llama la atención en este cuadro es la mescolanza de *parterre* y de fortaleza que tiene el lugar de la escena. Tal es, empero, el aspecto de la mayor parte de las fortificaciones alemanas: los cañones asoman en ellas envueltos en guirnalda de rosas y las terrazas de las ciudadelas, vistas á distancia, pudieran tomarse por jardines ingleses. Profundizando en la causa de esta antítesis, cualquiera deduciría que el imperio comprende el mal efecto que produce, á propios y extraños, la ostentación de una fuerza que protege, de manera bien triste y costosa, los destinos de un pueblo.

De lo dicho resulta que el veterano de Spigweg, salvo su uniforme y el formidable cañón del primer término, puede ser confundido con el más pacífico rentista que haya fumado una pipa en el confortable jardín de su casa de campo.

#### SUPLEMENTO ARTÍSTICO

#### CAMINO DEL MERCADO, cuadro de A. Moreau

Surca las mansas aguas del lago la barca que conduce á la bella labradora, y á la que, sin serlo, es igualmente bella. Otro tripulante, agraciado joven, se dirige al mercado igualmente. ¿A qué mercado?.. A un mercado de corazones; y sin duda para no perder el tiempo, entabla negociaciones por el camino.

Todo es notable en esta obra; pero en donde su autor ha estado más feliz, es en la expresión de los semblantes, perfecto reflejo del estado de ánimo de los personajes. El de la labradora, en particular, es un modelo de malicia delicioso.

#### LOS CANDELEROS DE PLATA

POR D. PEDRO M.<sup>a</sup> BARRERA

(Continuación)

— ¡Ay, miña vidiaña (1)! — dijo Cosme: — mientras no nos casemos el mi bote no parece.

— ¿Qué bote?

— Uno que según la cuenta del señor Liberato puedo adquirir siguiendo el sistema que tú empleas para tener muebles. Yo entrego á la mi abuela hasta el último ochavo de lo que gano, y parece que no alcanza para que nos veamos libres de deudas.

— Así será; pero si el señor Liberato dice otra cosa, ten por seguro que no debes tener deudas y que debes tener bote.

— ¡Buena es esa! ¿Querrás creer que los dos últimos días que salí al mar no pude fumarme un mal pitillo porque el estanquero se negó á dar á la mi abuela un brigadier (2), con pretexto de que le debo ya no sé cuántos?

— ¡Si serás parbo (3) y más que parbo! ¿No comprendes que no hay motivo para que debas ni para que te falten cigarrillos, si lo asegura el señor Liberato?

Tenía Cosme fe tan ciega en su amada, que desde aquel momento quedó persuadido de que su abuela carecía de condiciones para manejar y distribuir dinero, y de que llegaría á ser dueño de un bote sin esperar á casarse y sin necesidad de la consabida lluvia de onzas.

Cesó el mal tiempo y comenzó la pesca del congrio. Mourelo salió con el compañero y el chiquillo de costumbre. Siendo inútil la vela porque no corría ni un soplo de brisa, avanzaron pensosamente á fuerza de remo y fondearon á la caída de la tarde. Como el congrio lo pescan de noche, mientras ésta cerraba echaron sus cordeles con anzuelos pequeños, y calada tras calada lograron sacar veinticinco pajeles. Después cambiaron los anzuelos, y cuando entre seis y siete de la mañana siguiente encapillaron en la proa del bote la montera para alar el cabo del rizon, con los pajeles tenían unas dos arrobas de congrio y tres hermosas merluzas. Regresaron al puerto viento en popa: gracias á ello bastó una hora escasa para recorrer la misma distancia en que invirtieron la tarde anterior tres horas de continuo remar. A favor de la marea pudieron atracar junto á una de las rampas del muelle, en vez de hacerlo en la playa. Allí esperaban la llegada del bote el señor Liberato, Socorro y la encargada de pedir limosna para la fiesta de Santiago, que todos los jueves anda desde las calles al puerto y desde el puerto á las calles con un cepillo y un santito de talla montado en un caballo blanco y envuelto en amplia capa roja.

— ¡Para el santo! — dijo Cosme echando desde el bote dos pajeles á la rampa. — ¡Para tí! — añadió echando cuatro magníficos á los pies de Socorro.

— ¡Buen principio de temporada! — exclamó Ourogue, comprendiendo que la gente volvía satisfecha.

— ¡Bueno! — contestó Cosme: — más de veinte panchos (4), tres merluzas y dos arrobidas de congrio y enguiachos (5).

— Si todos los días fueran lo mismo, habría que levantar altares á santa pesca de liña (6).

Marchóse la mujer del cepillo á vender los pajeles del Apóstol: recogió Socorro pescadío y aparejos: Cosme y su compañero saltaron á tierra después de dejar listo el bote, y el muchacho separó la embarcación para fondear á unas cien brazas del muelle.

No pasarían de tres las horas que aquellos infelices marineros dedicaron á descansar del trabajo y vigilia de la noche anterior y reparar las fuerzas para la siguiente. Al medio día se reunieron con el dueño del *Lucero* á fin de repartirse el producto de la pesca.

— Por las merluzas, — dijo el viejo, — se han sacado quince reales. Por los panchos cuatro y medio. Por lo demás hay que poner cuarenta y nueve libras á real y un can pequeño (7) la libra.

Cosme garrapateó números y más números en un papel, y concluyó diciendo: — Pues todo junto suma tres pesos y medio, ocho reales, un can pequeño y dos céntimos de peseta.

— A ver si es eso lo que hay en este pañuelo.

Desataron un pañuelo de hierbas que de un bolsillo de la chaqueta sacó el señor Liberato, y entre plata menuda y calderilla encontraron la misma cantidad que arrojaban los garrapatos de Cosme. El otro pescador advirtió que había que rebajar tres reales y dos cuartos de la carnada.

— Quedan tres pesos y medio y cinco reales, — exclamó el muchacho con un airecillo que parecía decir: ¿ustedes creen que yo soy rana?

— Pues rebajamos también un real de vino para cada uno de vosotros, — añadió el viejo, — por ser hoy el primer día que vais al congrio este año y quedarán tres reales menos.

A continuación hizo cuatro montones de á diez y ocho reales y le resultó un sobrante de tres que repartió para el vino ofrecido. Se guardó un montón; dió la mitad de otro al muchacho; uno y medio á Cosme, y el cuarto á su compañero. Hecho el reparto, pronunció estas palabras: — No queda nada para añadir al producto de la pesca de esta noche.

La distribución del dinero se hacía siempre en la misma forma, subordinándola á una regla fija convenida de antemano, que consistía en dividir el fondo común en partes iguales, después de sacar el importe del cebo: de esas partes una correspondía al bote, otra á cada uno de los dos marineros, media al tercer tripulante, que se daba por muy satisfecho con ganar á su edad nueve reales cuando los hombres ganaban diez y ocho, y la otra media á los aparejos. De la parte del bote, el dueño tenía que dar la mitad al patrón, y por consecuencia de todo ello, en el reparto hecho por el propietario de los aparejos y el *Lucero* tocaban á Cosme veintiocho reales, diez y nueve al otro pescador, diez y ocho al viejo y diez al chico.

— Guárdeme ese peso, — dijo Cosme al señor Liberato, entregándole cinco pesetas.

— Tú tendrás bote, — contestó el último sacando una hoja de papel que dobló y entregó al primero, después de escribir en ella: — Día 11 de mayo, un peso.

Cosme, que admitió á regaña dientes aquella especie de resguardo, vió que el papel no estaba en blanco. Temiendo una equivocación lo desdobló y leyó lo siguiente:

— Cuesta el casco de un bote, de veinticinco á treinta pesos. La vela, de brin, con rizos y todo, de diez y siete á diez y ocho pesos. El rizon de hierro, peso y medio. Cabos del rizon, de quince á veinte brazas para fondear en la bahía: uno de esparto para el buen tiempo, medio peso; otro de *liña*, de una pulgada de espesor para tiempo malo, cuatro pesetas: para fondear en alta mar, uno de esparto de cien brazas, dos pesos; otro de *liña*, tres pesos. Las drizas, con motón, dos pesos. El timón, medio peso. Cinco *liñas* para pescar el congrio, de cien brazas cada una, tres pesos y medio. Cuatro remos, un peso y ocho reales. El palo, cinco ó seis reales. La verga, dos reales. Dos achicadores, cuatro reales. Dos bicheros, seis reales. La caña del timón, dos reales. Cuatro boureles, cuadro reales. La montera para alar el cabo del rizon en alta mar, tres reales. Veinte anzuelos de varios tamaños, medio peso. Un farol, tres reales. El asiento en la matrícula del puerto, seis reales y dos canes pequeños. Los derechos de arqueo diez y seis reales. Total, cuatro onzas, poco más ó menos.

Cuando Cosme concluyó de leer, enternecido dió un apretado abrazo á su buen amigo Ourogue, y oyó que éste, retenéndole en sus brazos, le decía de nuevo: — Tú tendrás bote.

Era necesario aprovechar el tiempo para hacer una porción de cosas antes de volver á la mar. Cosme comenzó por ir al estanco á tomar un *brigadier* y pagar los atrasados. El estanquero, que además de tabaco, papel, sellos y fósforos, vendía lienzo, licores, aceite, vinagre, loza, velas, gaseosas, conservas, azúcar, dulces, cacharros de cocina y todo cuanto Dios crió, le presentó una cuenta de más de cien reales, cuyos detalles ponían de manifiesto que

la mayor parte de la deuda tenía por origen los frecuentes trinquis de aguardiente con que la señora Decorosa se había remojado el gaznate. El nieto, avergonzado, ofreció pagar la trampa de la abuela poco á poco, advirtiendo que en lo sucesivo no respondería más que de lo que personalmente pidiese. Desde el estanco pasó á una panadería y compró dos libras de pan de maíz. Profundamente afligido dirigióse después á su casa, donde su abuela le recibió con gesto de perro de presa porque había tardado en llevarle el dinero que impaciente esperaba. Como si esto fuera poco, le dió la noticia de que no había podido preparar comida, por culpa de él que no ganaba lo necesario, y porque en la tienda se negaban á fiarle el puñado de habichuelas que cocidas con sal solía ser, amén del pan de maíz, el alimento cotidiano de aquella gente.

— Desde mañana, — dijo el pescador, esforzándose por aparecer sereno, — no nos faltará comida ningún día.

Dejó sobre una mesa una libra del pan que llevaba; guardóse la otra en un bolsillo del pantalón; se echó al hombro una chaqueta, único abrigo con que se resguardaba del rocío de las noches, y se dispuso á salir.

— Pero oye, tú, mi nieto, — gritó deteniéndole la señora Decorosa: — ¿y los veintiocho reales que me ha dicho el rapaz... á quien he visto por casualidad, que te han correspondido en el reparto?

— Esos, y todos los demás que me vayan correspondiendo, — contestó el joven, — no correrán peligro de que se empleen en aguardiente.

Siguió á tales palabras una marimorena mayúscula: gritos, aspavientos, amenazas; de todo echó mano la vieja para defender el incuestionable derecho que creía asistirle á recibir y manejar el fruto del trabajo de Cosme. Desgraciadamente para ella, Cosme se mantuvo firme, y á cada chaparrón de injurias y destemplanzas replicó sin rodeos que allí no volvería á faltar comida ni habría más dueño que él de lo que pudiera ganar exponiendo su vida á todas horas.

— Si está conforme, — dijo para concluir, — vaya por las tardes á la tienda y á la panadería, que yo dejaré pagado diariamente lo que nos haga falta: si no le conviene el trato, puede irse á donde quiera, sin perjuicio de volver á mi lado cuando necesite casa, alimento y cama: esto no se lo negaré nunca.

Una hora después Cosme bogaba en el *Lucero* hacia el cabo Silleiro y la señora Decorosa enteraba á todas las vecinas de las *mil infamias* que acababa de cometer con ella su nieto. Y las vecinas, entre las cuales había de todo como en botica, la acabaron de exasperar emitiendo pareceres tan encontrados como los que resultan de estas frases:

— Si las mujeres debíamos morirnos antes de llegar á viejas.

— Como si lo viera: niega el dinero á la su abuela para gastarlo con alguna pájara de cuenta.

— Yo le arrancaré los ojos antes de dejarme pisar de ese modo.

— Tiene razón Cosme, porque todo lo que él gana es poco para que alguien que nos oye se emborrache.

— Peor sería que se casara, porque la su mujer no aguantaría lo que él aguanta.

— Le ofrece cama para dormir, alimento para matar el hambre y casa para cobijarse: ¿puede pedirse más á un pobre?

— ¡Nada, nada! átele corto, que él amainará y volverá al buen camino.

Desde entonces la casa del pescador fué un campo de batalla, en el que la vieja atacaba al enemigo apenas le echaba la vista encima, y el enemigo rechazaba imperturbable los ataques repitiendo invariablemente estas palabras: — No se canse, mi abuela; no vuelvo á darle el dinero aunque me lo pida puesta en cruz. — Llegó un día en que la señora Decorosa comprendió que tenía perdido el pleito; pero, ¿cómo había de poder vivir si no volvía á entonarse el cuerpo con frecuentes libaciones alcohólicas? No sirviendo para manguelera (8), porque estaba ya para pocos trotes, ni para hacer calcetines, porque se eternizaba en ellos, se dedicó á ir á los montes por leña: de este modo lograba reunir algunos reales que sólo paraban en sus manos el tiempo necesario para meterse en el primer chiscón que encontraba al paso. Enteróse, al fin, de que Cosme pensaba casarse con Socorro y dedujo de ello que la huérfana tenía la culpa de todo lo que aquél hacía. Contra lo que era de esperar, ni armó camorra á su nieto ni habló mal de la novia ni se dió por entendida de tales amores: buenas ganas se le pasaron, sin embargo, de vomitar mil abominaciones, de arañar á Cosme y de morder á la que le tenía sorbido el seso; pero el recuerdo de lo inútil de todos sus altercados por manejar el producto de la pesca, y cierto puntillo de amor propio ofendido por la existencia de unas relaciones sobre las cuales no se le había pedido su parecer ni se le había hablado nunca, le hicieron sospechar que encender otra guerra civil á lo único que podría conducir sería á precipitar los acontecimientos y adelantar una boda que necesitaba impedir á toda costa. Guardó, pues, silencio, y ¡para desahogarse de algún modo, solía decir, cuando había bebido algunas copas de más: — ¡No se casará!... No vendrá aquí una extraña que comenzaría por hacerse ama de todo y acabaría por echarme á la calle á pedir limosna. ¡Y esa relamida de Socorro que tuvo valor para decirme un día que estaba siendo el escándalo de Bayona con mis borracheras!... digo, no estoy segura de que fuese ella quien me lo dijo;

(8) Mandadera.

(1) Vidita mía.

(2) Brigadier: mazo de diez cigarrillos de papel que se expende á cinco céntimos.

(3) Parbo: tonto.

(4) Panchos: pajeles.

(5) Enguiachos: congrios pequeños.

(6) Liña: cordel.

(7) Can pequeño: moneda de cinco céntimos de peseta.



pero sí, ella debió ser; como será la que va ahuchando ¡hambroña! el dinero de mi nieto; como es la que á mis años me obliga á subir á los montes para tener con qué medicinarne cuando el histérico me agobia. ¡No, no se casará! ¡ni con ella ni con otra! ¡no se casará!

Era en pleno invierno. Las mejores lanchas salían del



puerto á la una de la madrugada á fin de estar al amanecer en las calas donde suelen pescar el besugo. Mientras éste dura se quedan por turno en tierra dos tripulantes de cada lancha, que salen después á buscar en el pueblezuelo de Cangas el pulpo para la cornada y vuelven el mismo día por la tarde. Esos marineros llevan á Vigo la pesca, excepto cuando hay mucho temporal y se teme que las barcas zozobren. Un día que tocó á Cosme quedarse en tierra, bajó el señor Liberato á la playa y le dijo: —Tengo ya en mi poder cinco onzas tuyas. Al volver hoy de Vigo y Cangas, no dejes de llegar al Panjón á tratar de la construcción del tu bote.

(Continuará)

APUNTES ARTÍSTICOS

ENRIQUE SERRA

En verdad que los apuntes artísticos que publiquemos en esta sección, no podrán dar nunca acabada idea del carácter ni de las tendencias del artista en cuyas carteras los recojamos. Sin embargo, son, digámoslo así, pensamientos vertidos al acaso, que mañana ú otro día sorprenderemos en sus cuadros, son ideas primeras que se revelan aisladas para armonizarse más tarde en obras de trascendencia.

El álbum del artista es la cartera del literato: en él se van aglomerando detalles; con éstos se harán conjuntos. En la colonia artística española que vive en Roma, no faltan extraviados para los que ser artista consiste en tener estudio en la vía Marguta, prendarse de algún modelo (no de virtud) y pintar cuadritos ligeros, manchas de color, de fondo nulo y de forma impropia: no faltan los



que suponen que para presentarse como artista español, es menester que en sus cuadros aparezcan picadores y toreros, cuadros en vista de los que cualquier extranjero

puede pensar que los trajes de lidia son los característicos de una clase y que con ellos pueden presentarse y se presentan en bautizos, bodas y funerales. Para revelarse artista español en este género, no hacía falta abandonar la patria. ¿No tenían más cerca la calle de Toledo? ¿No es de más carácter el barrio de la Macarena?

Afortunadamente estas son excepciones: la colonia artística española que vive en Roma y que pensamos dar á conocer en esta sección, la colonia española de Pradilla y los Benlliures, de Vallés y Querol, de Sala y Villodas, de March y Muñoz, honra la patria y pone muy alto el amadísimo nombre de España. A ello contribuye, juntamente con los demás queridos compatriotas, el honrado catalán, el fiel amigo y el bravo artista Enrique Serra. ¿Cuántos cuadros ha pintado? Muchos y buenos: desde *El Arbol Sagrado*, representación de tradiciones de otras épocas, publicado en el núm. 188 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hasta su última producción que podríamos titular *En verdad que es bella*, Serra ha recorrido todos los tonos, ha cultivado todos los géneros y en cada uno de sus cuadros ha dado prueba de su amor al estudio y ha revelado la conveniencia y necesidad de los apuntes. Hemos citado dos cuadros, obras de las que, una no es posible hacerla de memoria; otra, sin apuntes del natural, no tendría su verdadero carácter.

El árbol herido por el rayo quedaba consagrado á Júpiter; bajo él se colocaba el ara y en ella se hacían sacrificios al padre de los antiguos dioses. El conocimiento de esto se adquiere en cualquier parte, pero la vista del encantador paisaje que ha servido á Serra para fondo de su cuadro, hay que venir á la campiña romana para disfrutarla. Mirados estos paisajes con la prevención que crea *la Malaria*, no son bellos ciertamente, pero cuando se les contempla como partes de la naturaleza, entonces se advierten en ellos notas que llegan al corazón: llanos muy llanos; malezas en el primer término, débiles cañas á la izquierda, en el fondo azules montañas, á la derecha



grupos de viejos árboles y en el centro juncos que cimbran reflejándose en las turbias aguas de insalubres pantanos. El gris abunda, el verde es oscuro, el dorado de las matas secas recuerda los ardores del sol y todo dispone á la melancolía, todo engendra sueños y todo contribuye á la formación de cuadros en que abunden las notas misteriosas. Al tomar apuntes de estos paisajes, hay que tomarlos también de las gentes que los cruzan en todos sentidos: la atmósfera viciada y lo yermo de aquellas tierras, hacen oficio de penitencia, y el trabajo que exigen es penosísimo silicio, de aquí esos rostros macilentos, esas figuras que parecen frailes escapados y que Serra ha sabido copiar tan perfectamente.

Dejemos la nota triste, abandonemos ya la campiña romana, cuyos tipos recuerdan penitentes y anacoretas, y fijémonos en esas airoas jóvenes de amplias formas y mirar ardiente. Son venecianas, cuyas facciones apuntó el artista y le han servido para hacer la figura capital de su último cuadro, tipo ideal en su encantadora sencillez, que baja descalza las gradas del muelle en el *Canalazzo*, excitando codiciosas miradas de audaces soldadones, cuyas fisonomías no sabemos donde sorprendió Serra, pero que pertenecen á tiempos que pasaron y de las que aun se ven en nuestros días, pues parece que aquí en Italia, lo mismo los hombres que las cosas se han empeñado en conservar carácter.

Trajes, armas, edificios, ruinas, todo puede estudiarse aquí del natural; de todo esperamos hallar apuntes en las carteras de nuestros compatriotas y lo presentaremos á los abonados á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA como recuerdos de esta clásica tierra de héroes y artistas, que tanto interés despierta por su historia y por sus tradiciones.— A. FERNÁNDEZ MERINO

LA CRUZ DE MAYO

(CUADRO DE COSTUMBRES DEL SIGLO XVII)

I

Pardiez que nadie diría sino que la villa en que tiene asiento la ostentosa corte de la católica majestad del rey don Felipe IV, salió de las manos del Creador de todas las cosas hecha como de encargo para no darse punto de vagar en eso de los festejos.

El 25 de abril, tomando pretexto de solemnizar el día que la Iglesia dedica al evangelista San Marcos, se entregó á grato solaz y tumultuoso esparcimiento en la fiesta del *Trapillo*, y ya anteayer, que era 1.º de mayo, repitió con creces la holgura en la no menos celebrada festividad de *Santiago el Verde*.

Pero, ¿qué mucho que media docena de días le dieran sobrado espacio para el descanso, cuando ya torna á las andadas, y sin curarse de que por no ser día de fiesta, y sí solo de misa, tuvo que ocuparse en sus habituales tareas, sállese otra vez de quicio y se desparrama por sus estrechas calles y poco regulares plazuelas, buscando en las emociones de la alegría, algo que distraiga el tedio de sus ocios?

La Invencción de la Santa Cruz es hoy, y todos saben que en tal día se elevan en cada calle cien improvisados altares al sacrosanto signo de nuestra redención, ante los cuales se pasa la tarde y buena parte de la noche, dando paz á las animadas agitaciones del *turdión* ó de la *zarabanda* para hacer razón al ventrudo jarro de aloque que remoja la aspereza producida en las gargantas por la pesada pasta de las tortas y roscones que el día anterior amasaron las manos de las villanas de Vallecas y Villaverde.

Lo más sabroso de la fiesta, sin embargo, no es esto. Añeja costumbre es en la villa que cada barrio escoja de entre sus mozas la más garrida y apuesta para presidir el festejo, y como á ésta, que recibe el nombre de *Maya*, además de reconocérsele el envidiable privilegio de la hermosura, se la otorga el fuero de absoluta reina, doncella casadera hay que un dedo de la mano y tal vez algo más diera por alcanzar tan señalada distinción.

Hoy por hoy, tal merced ha recaído en Anilla, la hija única del más renombrado maestro de hacer broqueles que registró en sus fastos la calle de las Carretas, y como á Dios gracias aun tiene su padre en el fondo del arca unos cuantos centenares de reales de plata vieja que tirar por la ventana cuando el caso llega, ni en el altar que se alza en el zaguán de su casa faltan candelillas y lazos de Colonia con sus puntas de hojuela, ni en las orejas y torneado cuello de Anilla se echan de menos arracadas y gargantillas de piedra de luces tan finas y de tantos quilates como los que luce más de una dama de lechuguilla y copete.

Si al tanto de las nuevas que por los mentideros corren estuviéramos, el solo antecedente apuntado nos bastaría para no extrañar que apenas llegada la noche, entrara en su casa D. Diego de la Revilla, rico mayorazgo de Extremadura, y recién venido á la corte al lado de su tío el corregidor, ni menos nos produciría asombro, que cambiado el severo traje negro con que bajó poco antes á hacer la rua en el Prado Viejo, se pusiera, según uso, el traje de noche de más vivos colores y tomara rumbo desde la calle de los Convalecientes, en que tenía su posada, á la de las Carretas.

Pero, ya que al tanto de estas cosas no estemos, bueno será que tras él sigamos, y de este modo fácil nos será venir en conocimiento de cuáles son sus pensamientos.

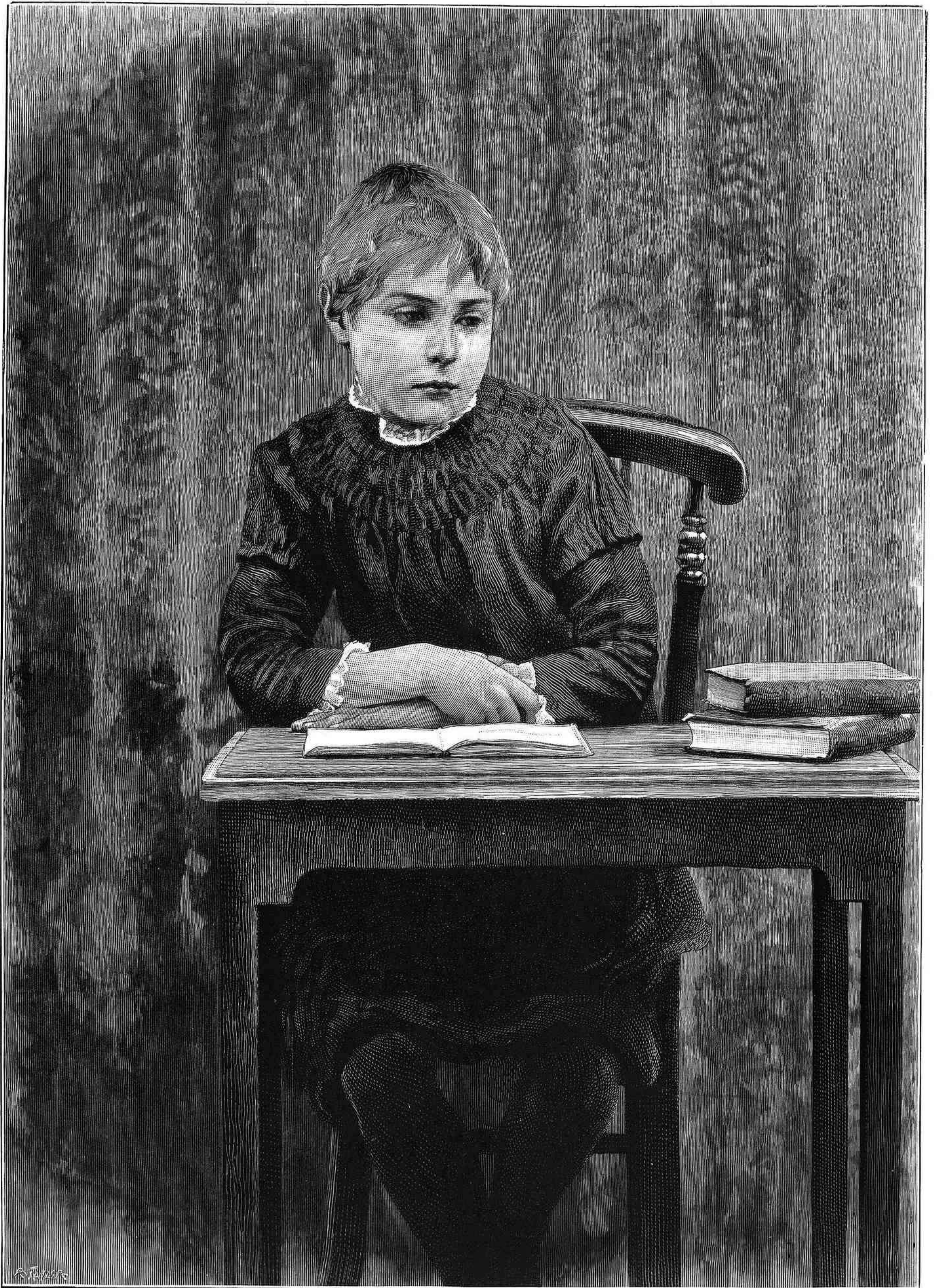
II

Aunque á decir verdad no brilla la corte de S. M. don Felipe *el Grande* por la seguridad que ofrecen sus calles alumbradas sólo por el fulgor de las estrellas y por algún que otro farolillo que la piedad encendió ante una imagen, no siempre para gloria del arte pintada, lo cierto es que esta noche toda precaución sobra, pues los más apartados sitios de la villa se ven de tal modo concurridos que, tan difícil como meter una lanza en Orán, sería para los capeadores dar un asalto contra no bien guardada bolsa ó mal defendida persona. La causa de ello es que por más que en la fiesta del día le toca á la gente villana desempeñar la parte activa, ni los más lucidos galanes, ni las más encopetadas damas desdeñan acudir á las cruces, los primeros con el fin de recuestar de amores á las doncellas de saya de sempiterna y medias de cordellate; y las segundas para ver, y sobre todo para ser vistas, que es la razón que á todas partes las lleva.

Esta es la causa por la que nuestro mozo galán, aunque más por gallardía que por precaución llevara la espada de vaina abierta sujeta en tiros cortos, harto convencido estaba de que en tal noche no había de hacer uso de ella á no ser que la empleara con los mozos de silla ó con los rodrigones, obligada escolta de las señoras más ó menos alcurniadas que tornaban á sus hogares fatigadas por el peso de los apretados manojos de lilas con que la villanesca cortesanía las obsequiara. A esto fué sin duda debido el que, cosa que raras veces en el año sucedía, llegara al taller del broquelero sin haber tenido que lamentar ningún mal encuentro.

En cambio el que tuvo allí fué tan envidiable que



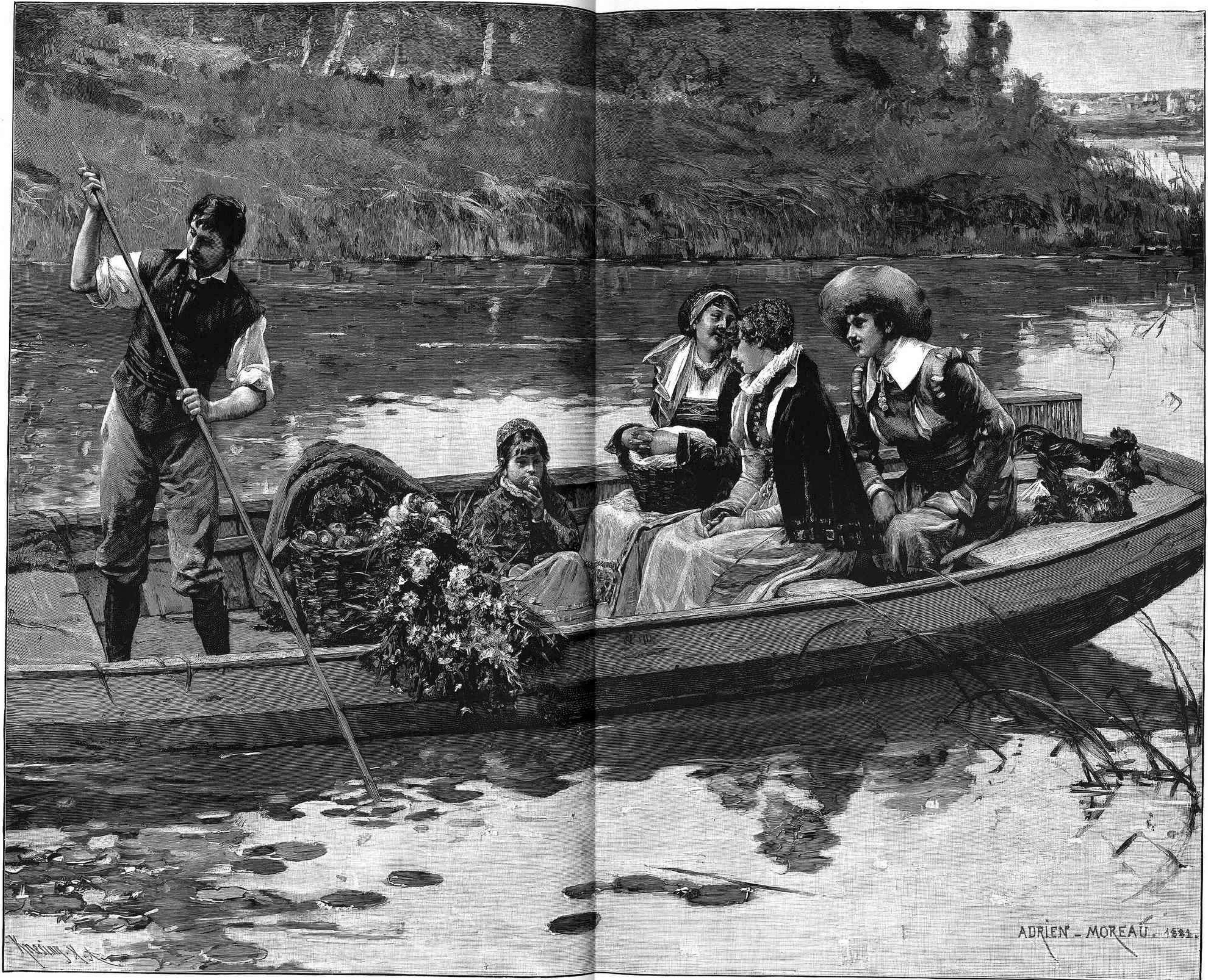


TAREA ENOJOSA, de una fotografía de H. Stevens



Vertical line of text or markings, possibly a page number or index reference.



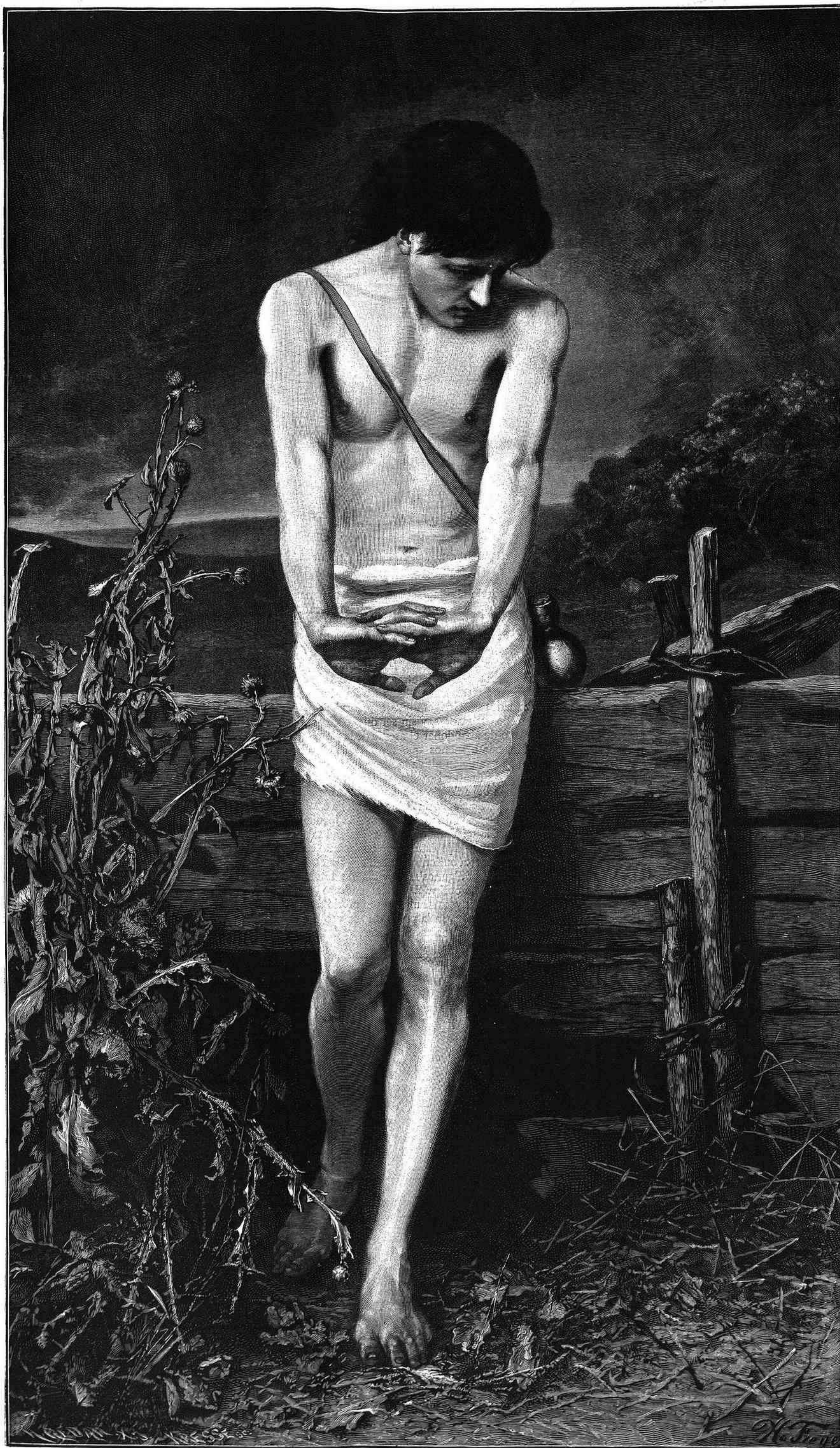


CAMINO DEL MERCADO, CUADRO DE ADRIEN MOREAU









EL ARREPENTIMIENTO, cuadro de Arminio Freye



no hubiera sido preciso tener tan poco seso como el hidalgo tenía, para perderle del todo. Amén de que Anilla con los adobos de la compostura había hecho ganar en más de un tercio su belleza, que ya de suyo era pasmosa, tan desvanecida por los vapores de su positiza soberanía se encontraba, que pareciéndole sin duda muy inferiores á sus merecimientos cuantos mancebos de su condición ponían los ojos en ella, no encontró sujeto más digno de ser escuchado que el linajudo mayorazgo extremeño. De aquí que las que hasta entonces habían sido esquivadas se tornaran en marcadísimas muestras de deferencia, y de aquí también que el hidalgo, contenido hasta aquella sazón por el encogimiento, perdiera el miedo hasta el punto de hacer tan público alarde de los favores de la Maya, que constituyéndose como por derecho de conquista en su obligada pareja, paseara sus altaneras miradas por el concurso como retando á todo el que fuera osado á disputarle su sabrosa presa.

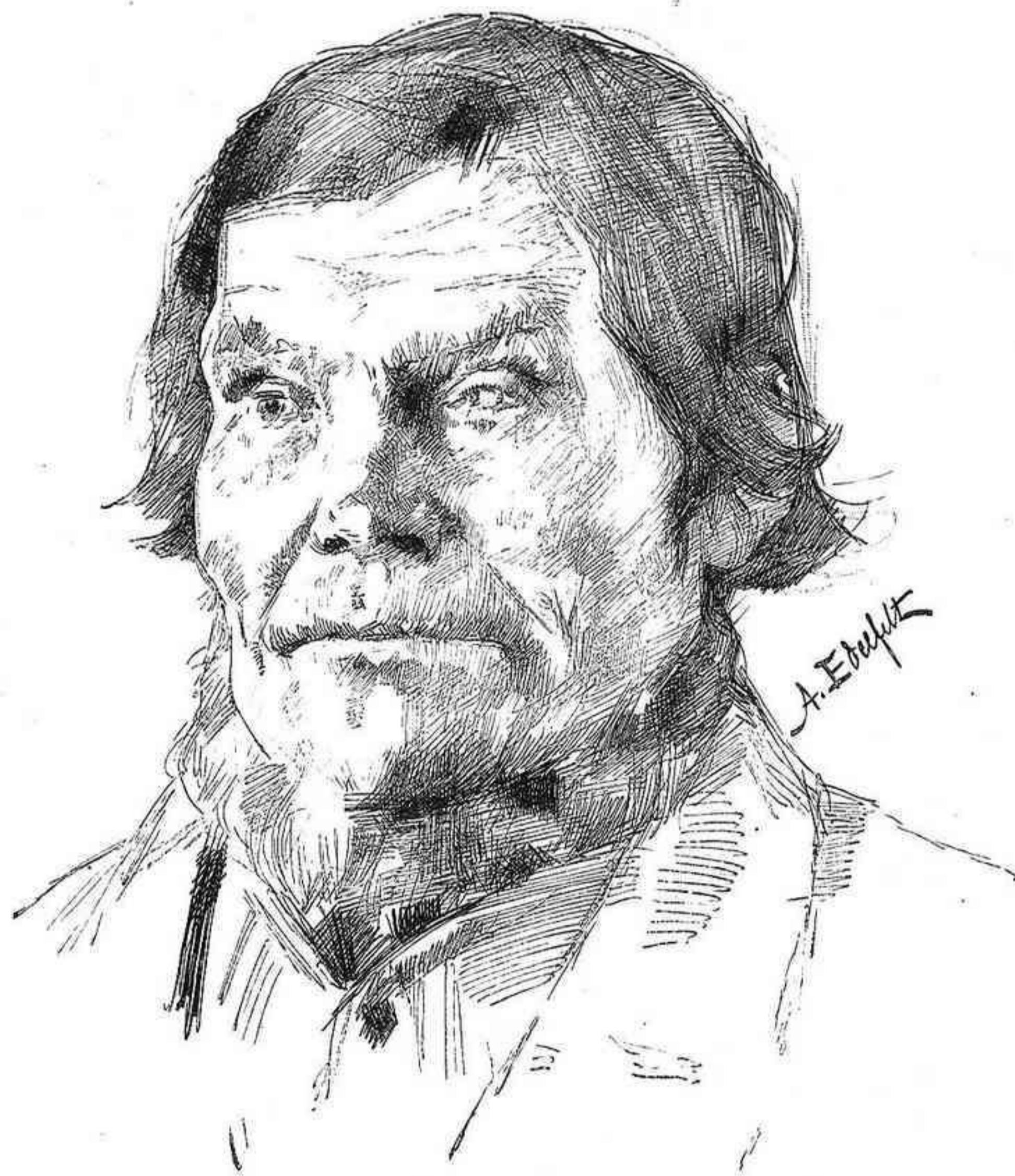
Los celos que en los hombres producía y la envidia que en las mujeres despertaba, de tal modo sacaban de su juicio á Ana, que más que mortificación, regocijo producían en ella las aceradas burlas de que todos la hacían blanco. Sus ojos despedían chispas de orgullo; sus antes no más que sonrosadas mejillas tenían ya los colores de la grana, y su voz de suyo dulce, tornábase empalagosa al contestar á las ternezas de su nuevo galán, cuando de pronto, no sólo en ella, sino en el festivo senado, á pesar de que el vino tenía á medio trastornar más de una cabeza, prodújose tan súbito cambio que no se diría sino que el festejo se había cambiado de pronto en mortuorio.

La razón de tan rápida mudanza era, á no dudar, la entrada en escena de otro hombre, que, como sombra obediente á desconocido conjuro, había salvado los umbrales de la puerta y que, á fuer de cristiano, después de desembarazar su frente del ancho fieltro que la cubría, había doblado devotamente la rodilla ante la engalanada cruz.

### III

Contraste extraño formaba el recién llegado con don Diego de la Revilla, pues si en éste toda la elegancia provenía del atildamiento con que sabía acicalar su persona, en aquél era bizarría el mismo descuido con que su luenga y no muy bien traída capa besaba sus carcañales, defendidos por las descomunales estrellas de sus espuelas, y le daban marcial apostura lo mismo los descosidos y desolladuras de su colete de gamuza que las manchas que decoraban el follado de sus gregüescos y su tan mal compuesta como bien arrugada valona.

Si estos detalles no estuvieran diciendo que algunos de aquellos desperfectos debió adquirirlos en la lucha que aun sostenían nuestras armas contra hugonotes y luteranos, bastarían á darle por soldado el tostado matiz de su tez surcada en algunas partes de horrosas cicatrices, su crespo bigote torcido en ademán de tomar por asalto los



TIPO DE MARINERO FINLANDÉS, estudio del natural de A. Edelfelt (tomado del álbum de M. Baude)

ojos y más que todo ello la desenvoltura de sus maneras y la altivez de sus miradas que, como acostumbrado que estaba á sostener las de la muerte, ni á nadie temían, ni nadie era capaz de hacerlas retroceder un punto.

Verle, y quedar Anilla más pálida que la cera de las candelillas que en el altar lucían, fué tan uno que, como si su pánico fuera contagioso, atragantóse en la garganta del lindo Medoro cierto trasnochado madrigal más culto que las Soledades de Góngora que comenzaba á enderezar al objeto de sus amores, y sin ser dueño de sí mismo, á punto estuvo de abandonar el asedio de la plaza cuando ésta estaba ya punto menos que rendida. Sin embargo, bien pronto su condición altiva le hizo olvidar todo peligro, y cobrando su natural osadía, midió de alto á bajo la gallarda persona del soldado que, con paso firme, aunque sin mostrar impaciencia, hacia él se adelantaba conservando en la diestra el ancho fieltro y apoyando la izquierda en la guarnición de la toledana que le pendía del talabarte.

— Seor caballero, — dijo éste último con acento un tanto ceceoso y no sin cierta burlona cortesanía, — mucho siento privar á vuesarcé por algunos momentos de tan sabrosa fiesta; pero, como me obliga á ello el encargo que allí abajo recibí de un muy mi amigo que murió á mi lado en el cerco de Ostende, en la precisión me veo de rogarle salga hasta la calleja vecina para escuchar dos palabras.

— Con gusto las oiré, — replicó disimulando mal su cólera el mancebo, — y creed que tan impaciente estoy por oír la encomienda de vuestro amigo, cuanto que pienso enviarle al otro mundo la respuesta por medio de persona que sin duda estimó mucho en esta vida.

— No poco os lo agradecerá su ánima, — contestó sin perder su calma el soldado, — y á su vez crea voacé que haré cuanto pueda porque el mensajero sea de vuestra confianza.

Dicho esto, D. Diego estrechó nerviosamente la mano de Maya; ésta, sin poder reprimir un grito salido de lo más hondo del alma, cayó al suelo sin sentido, y mientras su padre y muchos de los convidados acudían en su socorro, el soldado y el mayorazgo se lanzaron á la calle oprimiendo las guarniciones de las espadas.

### IV

Algunos momentos más tarde sobre las desiguales piedras de la calleja vecina yacía el cadáver de un hombre, cuya persona trataba de identificar un alcalde de corte, que, seguido de numerosa hueste de alguaciles, según añeja costumbre, había llegado bastante tarde para no poder impedir aquella muerte.

Como ni él, ni los corchetes conocían las lívidas facciones del muerto, ya se encogían filosóficamente de hombros, como diciendo: «uno más,» cuando de pronto dos transeúntes que, atraídos por el rumor de la ronda, asomaron por la esquina más cercana, llegándose al cadáver, murmuraron casi á la par:

— ¡Pobre mozo! Dios haya recogido su alma.

— ¿Le conocíais por ventura? — preguntó el alcalde.

— Como que me honro con la amistad de su tío el corregidor, — respondió uno de los recién llegados, — y aun soy algo deudo de la rica heredera con quien esta misma semana debía contraer matrimonio ese desventurado mozo.

— ¡El sobrino del corregidor! — gritó el alcalde con espanto.

Y volviéndose iracundo á sus secuaces, añadió:

— Entonces preciso es que el matador parezca. Si no dais con él echad mano al primero que os venga en mientes. Lo principal es ahorcar á alguien.

Y como si aquellas fueran todas las exequias de don Diego de la Revilla, cargaron con él cuatro corchetes y tomaron rumbo á la posada de su tío el corregidor sin decir palabra.

Sólo el que había reconocido aquellos despojos, murmuró al que le acompañaba:

— Tal vez por forastero os sorprenderán estos lances. Mas tened entendido que tan comunes son en nuestros días, que no parece sino que la Iglesia más creó sus festividades para que ofendamos á Dios con nuestros delitos, que no para que le demos grato solaz con el espectáculo de nuestra piedad y devoción.

ANGEL R. CHAVES



EL VETERANO, cuadro de Carlos Spigweg



CARTA DE AMÉRICA

San Francisco. — La ciudad China. — Los jardines de Woodward

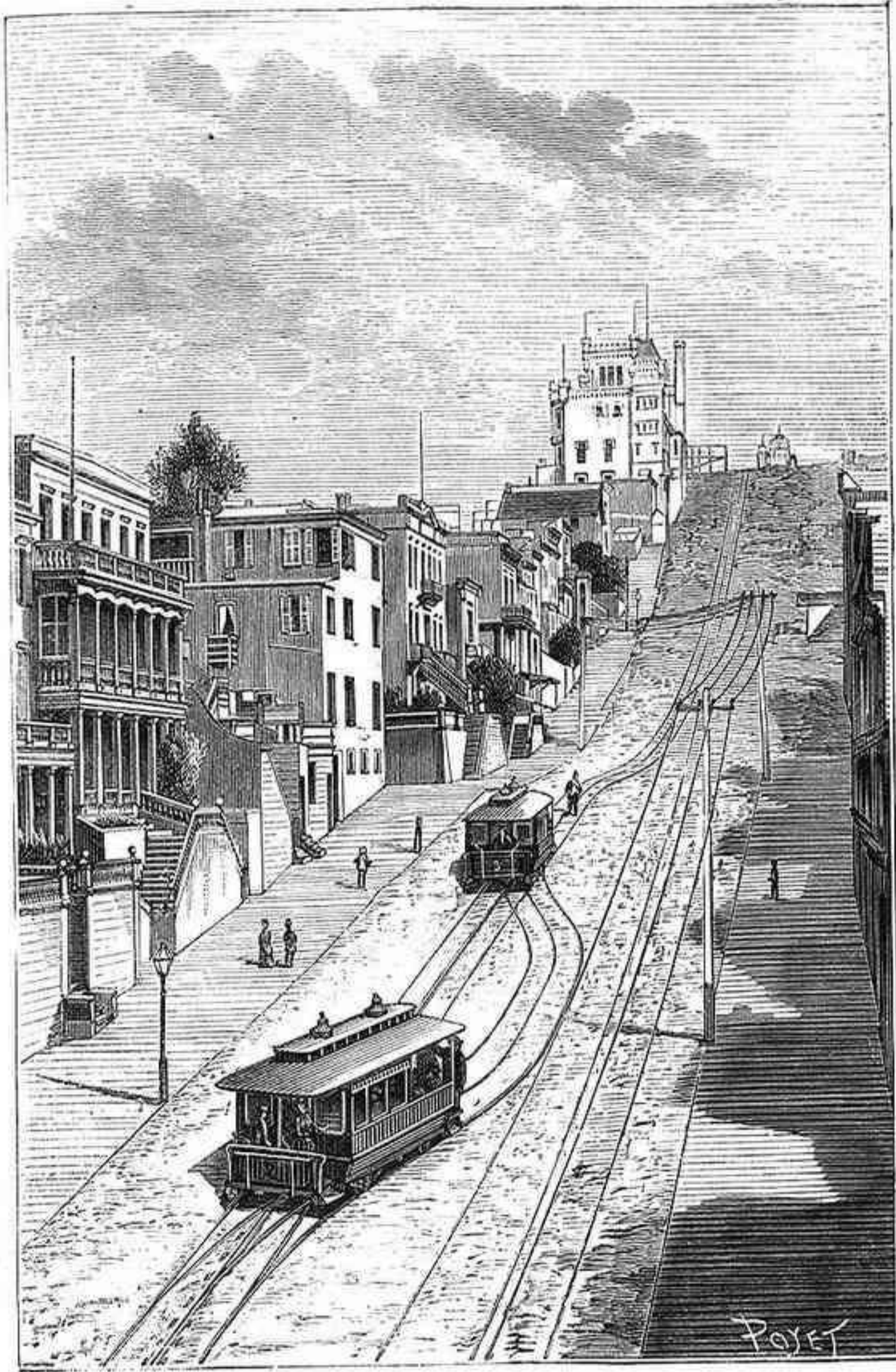


Fig. 1. — Tranvía funicular de San Francisco

San Francisco es una ciudad de que se ha hablado mucho; y cuando se ha visto, compréndese que los viajeros se muestran deseosos de visitarla. Apenas cuenta cincuenta años de vida; mas á pesar de esto, reserva cosas admirables para los extranjeros.

La llegada á San Francisco es propia para recrear la vista y excitar el interés. La línea férrea termina en Benicia, donde es preciso pasar á una inmensa barca, magnífica por cierto, y destinada sólo á cruzar la bahía de San Pablo, á fin de continuar la marcha desde San Costa. La barca del pasaje, el *Solano*, es soberbia: en su puente hay cuatro rails para colocar los trenes; un plano inclinado, provisto de charnelas por una parte, y sujeto con cadenas por la otra, á manera de puente levadizo, permite bajar los coches y la máquina á la enorme embarcación; y lo mismo sucede en la otra orilla, para tomar de nuevo la vía del camino de hierro, porque es preciso obedecer á la diferencia de altura de las aguas. La maniobra se hace sin ruido y muy fácilmente; esta manera de trasportar todo tiene algo de audaz á la par que de elegante, y es típico del país. Como el *Solano* no tiene la longitud de un tren, éste se divide en dos mitades, y únese sin dificultad en la otra orilla.

y nada mejor se puede pedir; como hay cierto número de estos *coches de cables*, nunca se ha de esperar. San Francisco tiene además tranvías con caballos. El movimiento en las calles es considerable, aunque no tanto como en Nueva York. Es muy grato para el viajero utilizarse del cable carril, sólo por cinco sueldos, para recorrer esa ciudad tan pintoresca por sus numerosas cuestas y pendientes (fig. 1), donde á cada momento se disfruta de vistas deliciosas de la ciudad y de la bahía.

Una de las grandes curiosidades de San Francisco es la *ciudad China*: la colonia de los chinos es muy interesante, y con seguridad lo más divertido que hay en San Francisco. No sé por qué este lugar tiene la reputación de ser espantoso y repugnante por la suciedad. Con frecuencia me han dicho que los chinos son seres detestables, y que se debería expulsarlos de América; y hasta me han citado hechos horribles que se atribuyen á esa gente; pero á mí me parece que todo es una exageración. La causa del odio

Sin embargo, por todas partes se ven las huellas del útil trabajo de los chinos, que siempre aceptan el más penoso, ejecutándolo pacientemente sin quejarse. Situado en el centro de la ciudad, el barrio chino tiene una calle principal muy alegre, bordeada de tiendecillas al estilo chino, de tal modo que aquello parece una feria perpetua. Los pirotécnicos, los relojeros, los fruteros, los comerciantes en telas, y otros, rivalizan en celo para tener sus tiendas limpias y brillantes, y siempre llaman la atención por sus colores charros y sus farolillos. A cada paso se ve una multitud de chinos, con sus túnicas de seda negra, el acostumbrado casquete que les cubre el cráneo, y su larga coletilla. Se puede entrar en los almacenes y en los cafés, donde los chinos fuman el opio, ó en las callejuelas donde habitan, sin que se moleste á nadie. En el gran teatro chino se representaba una función con mucho aplauso: la platea, que tiene cabida para 400 ó 500 personas, está adornada con sencillez, y hay una galería en el primer piso. Creo que entre los espectadores yo era el único europeo, y observé que todos los chinos parecían divertirse mucho. Yo no comprendía ni una palabra, pero distraíame mucho ver los brillantes trajes de los actores, la alegría de los concurrentes, todos del sexo masculino; y sobre todo oír la música. En el escenario no hay decoraciones; el principal adorno es la orquesta, colocada en el centro, orquesta que se compone de tantams, cítaras, é instrumentos de madera muy sonoros; los músicos no se detienen apenas, y hacen un ruido atronador, acompañándole las voces de los actores que salmodian ó cantan muy alto. Los personajes de la pieza trabajan delante de los músicos, y pueden salir de la escena por una especie de biombos de tela colocados á derecha é izquierda.

Los trajes y sobre todo las caretas de los guerreros y de los dioses eran muy curiosos; las telas de seda, con placas doradas, de mica muy brillante, producían á la luz del gas gran efecto; de modo que el golpe de vista era encantador.

En la colonia China hay algunos sitios que conviene visitar con un agente de la policía; allí hay casas para dormir, donde muchos chinos pasan la noche en salas de techo muy bajo, sin ventilar. Yo no sé cómo pueden estar

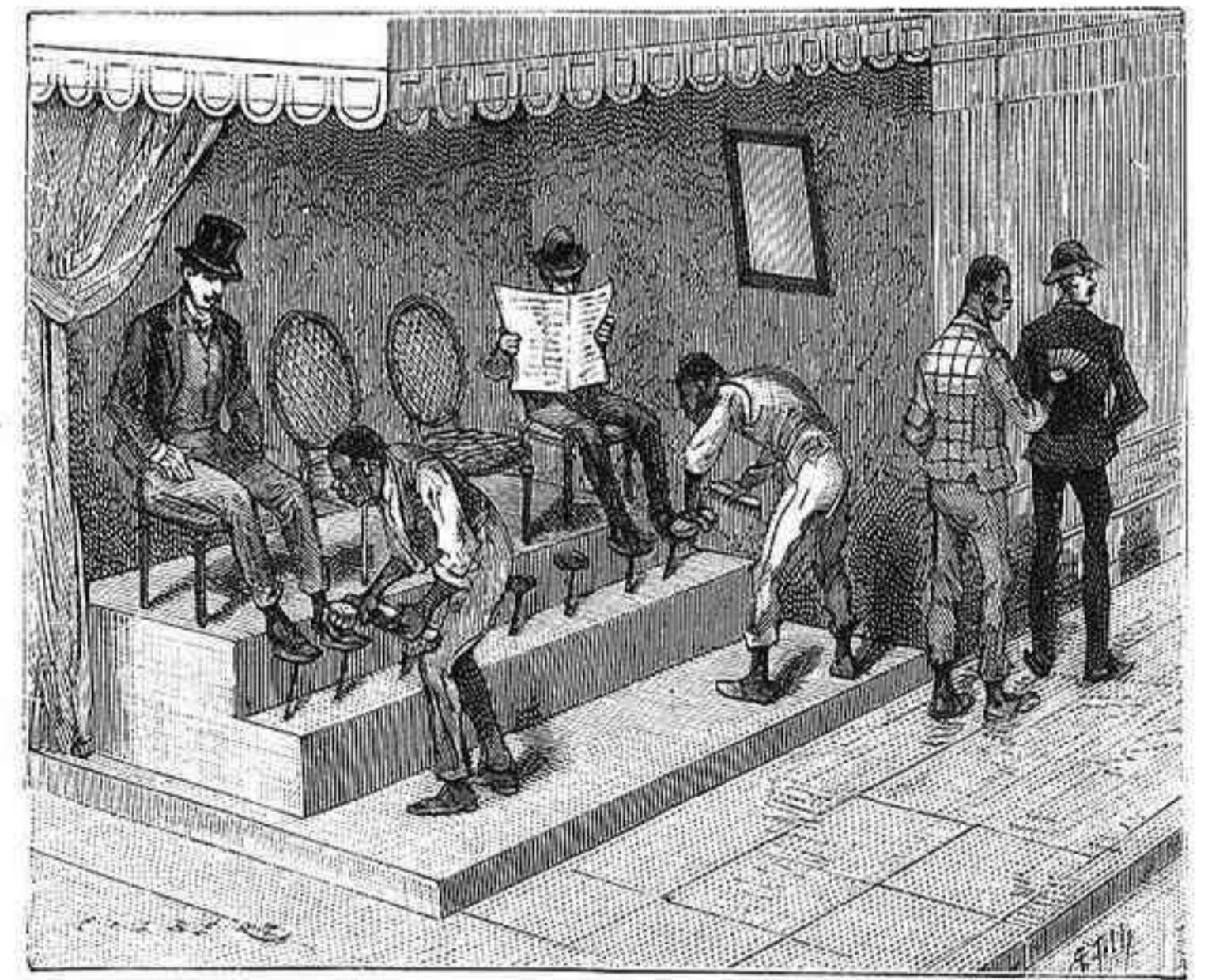


Fig. 3. —Tienda de limpia-botas en San Francisco

allí tantas horas apiñados y dormir, pues siempre se percibe un olor repugnante y malsano. Hace poco tiempo que la autoridad ha mandado cerrar esos miserables asilos.

Las calles de San Francisco, en los barrios americanos, están llenas de magníficas tiendas, y por todas partes se ven cafés-cantantes y teatros, que ofrecen numerosas curiosidades. En todos los puntos de los Estados Unidos es raro encontrar un sirviente americano que se preste á limpiarle á uno el calzado, pues lo consideran como un acto deshonoroso; y he aquí por qué solamente los negros se encargan de esta tarea, y tal vez algunos pobres italianos.

En todos los hoteles se encuentran siempre, por lo tanto, negros dispuestos á servir al que los necesita por tal concepto, y las calles están llenas de tiendecillas de limpia-botas, donde los concurrentes pueden sentarse en buenas butacas, y leer los diarios, mientras que el negro desempeña su cometido por una módica cantidad.

Además de todos esos centros de recreo, en las extremidades de la ciudad hay preciosos jardines que sirven para los conciertos al aire libre ó los bailes públicos: los *jardines de Woodward* son los más concurridos.

El director organiza fiestas nocturnas, con espectáculos de todo género: hay invernaderos llenos de magníficas flores, un aquarium, colecciones de animales disecados, focas y serpientes de cascabel vivas, una colección de fieras, una cámara negra que califican de mágica, restaurán, etc. En medio de este conjunto, hay también una diversión para los niños, que me ha parecido deliciosa: es el *barco rotatorio* (fig. 2). En un pequeño estanque adornado de plantas acuáticas se ha instalado una especie de barco circular con banquetas, en el cual caben unas cien personas; se baja fácilmente á este barco de nuevo género, pues hállase colocado casi al nivel de una especie de muelle, en el que se ha construído un bonito embarcadero, protegido por la sombra de los árboles.

Este barco singular tiene tres mástiles con velas, que recogen el viento á menudo, lo cual sirve de ayuda á la máquina, y además hay remos en los bordes interiores, para que los niños se ejerciten. El barco rotatorio está

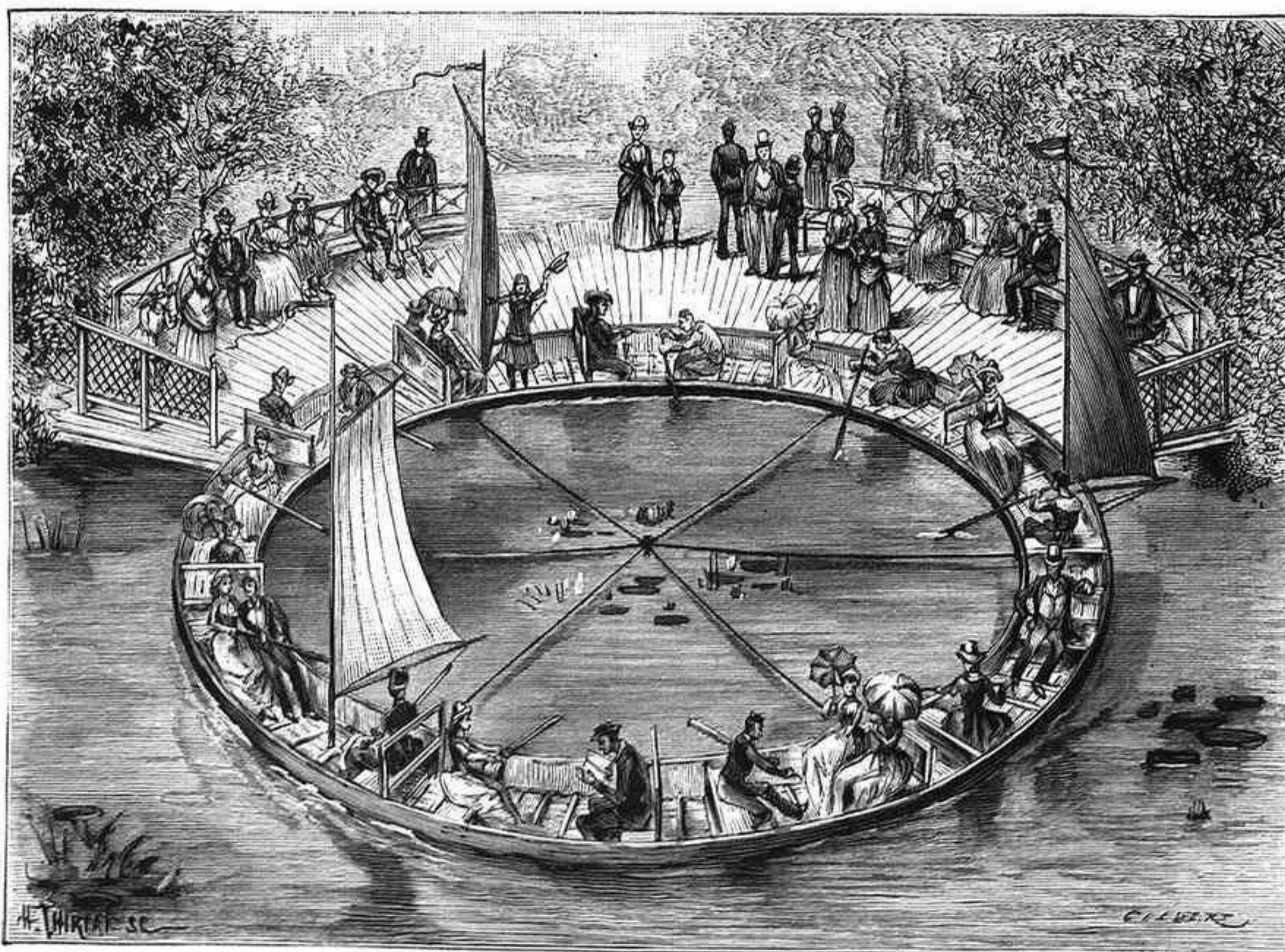


Fig. 2. —El barco rotatorio en los jardines de Woodward, en San Francisco

contra ellos se explica por lo siguiente: los chinos trabajan casi por nada, y conservan lo poco que ganan; pero cuando han economizado una pequeña fortuna, vuelven á su país.

Los americanos dicen que perjudican á sus compatriotas, trabajando á tan bajo precio, y que se llevan los duros á China sin dejar ninguna ganancia á los Estados Unidos.



sujeto por un eje central, oculto en las flores por seis alambres de hierro. Ya se comprenderá que no puede volcar, y además de esto el estanque es muy poco profundo.

Alrededor de San Francisco hay sitios muy propios para las excursiones: el más agradable de visitar es el hotel de Monterey con sus deliciosos jardines y su establecimiento de baños á orillas del Pacífico; el maravilloso valle la Yosemite, y los árboles gigantes de Calaveras y Mariposa, son dignos de visitarse; pero nada diré de esta excursión, porque se han dado ya numerosos detalles sobre esos sitios.

A. TISSANDIER

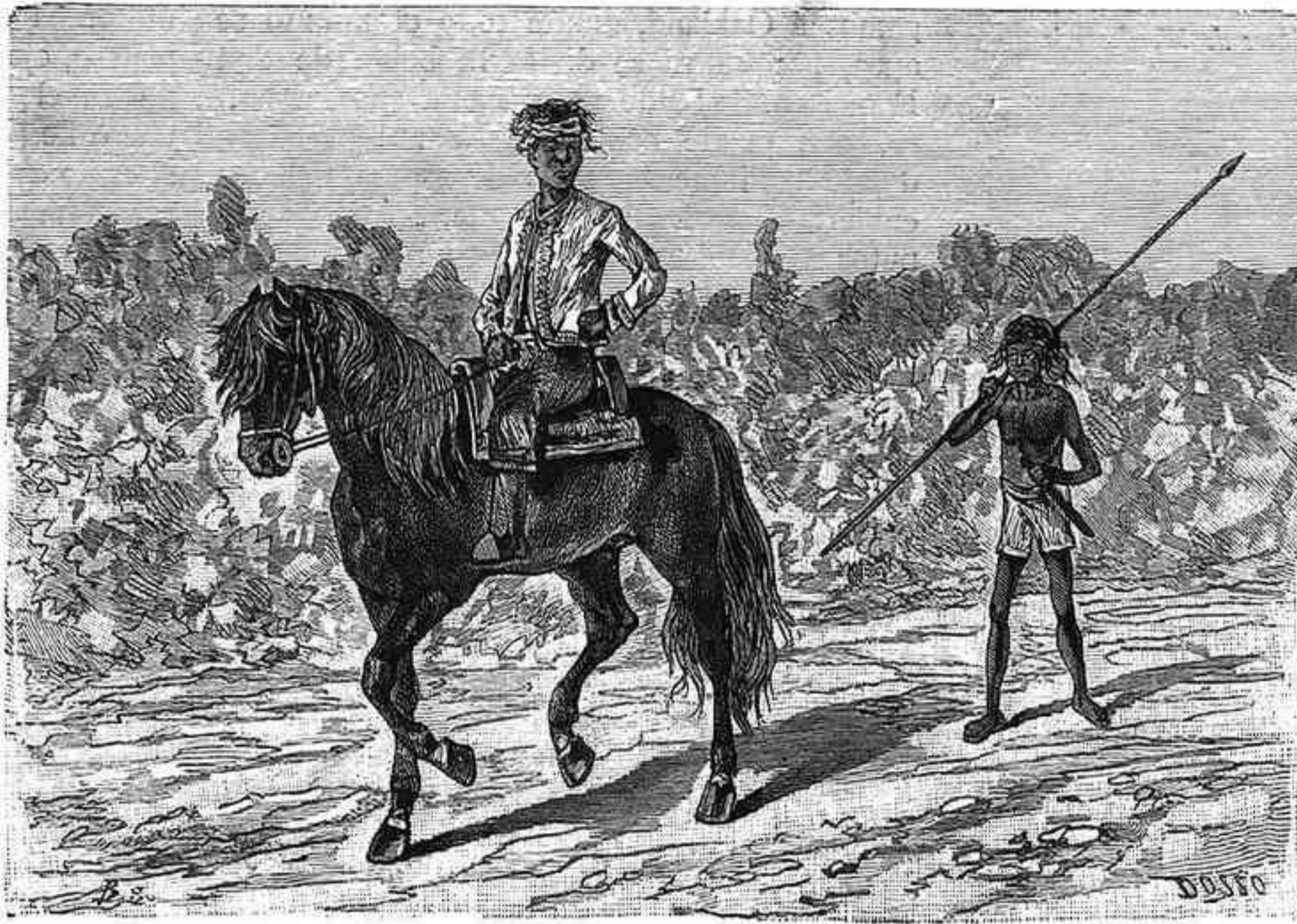
### VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

La pequeña ciudad de Davao, conocida también con el nombre de Vergara, es cabeza de distrito de Nueva Guipúzcoa, la cual se extiende por la costa sud de la grande isla, desde la bahía de Sarangani, donde confina con la provincia de Coita Bato, hasta la bahía de Mayo en el océano Pacífico: sus límites septentrionales son dudosos, pues el centro de la isla es aún más ó menos independiente. En el interior, en medio de las montañas volcánicas, llenas de espesos bosques, viven aún en estado salvaje los *Infieles* de razas diversas, que trataremos de ver; en las costas, particularmente en la desembocadura de las corrientes, están acampados los moros, cuyas depredaciones dieron lugar al establecimiento de los españoles en estos parajes. La especie de cordón litoral que los malayos forman es aquí mucho menos compacto que en otros puntos del gran archipiélago de Asia. En 1847, Oyanguren, oficial de rara energía, obtuvo del gobierno de Manila autorización para emprender por su cuenta y riesgo una campaña contra los moros de Davao (1). El último conquistador partió en un pequeño bergantín, detúvose en Caraga, pueblo bisaya de la costa del Pacífico, reclutó doscientos voluntarios, y presentóse

(1) Oyanguren sólo recibió del gobierno algunas armas, municiones, y autorización para organizar una compañía de voluntarios; debía ser durante diez años gobernador de toda la región que sometiera, concediéndosele el monopolio del comercio por espacio de seis después de la conquista. En 1849, ayudado por algunas fuerzas enviadas de Manila, Oyanguren venció la última resistencia de los moros en el río Hijo, con lo cual la conquista fué definitiva. El valeroso oficial no disfrutó largo tiempo de los beneficios de la victoria; llamado á Manila en 1852, murió en 1859, en la desesperación y la miseria.



Viaje á Filipinas. — Dato bagobo de viaje

delante de Davao, que era entonces, como hoy, capital de la región; apoderóse de ella muy pronto, é impuso su autoridad en todas las costas que limitan actualmente la provincia. Desde aquella época la dominación española no ha sufrido nunca una agresión formal; todo el rencor de los moros se resuelve en asesinatos y piraterías, reprimidos estos últimos años por el establecimiento de una estación naval en Davao, estación mandada por un teniente de navío, y compuesta de tres falúas con setenta y cinco marinos cada una; hay un pequeño arsenal, cuyos dependientes, gracias á la fina atención del señor Ramos, nos prestan los más útiles servicios. La provincia está gobernada por un coronel que tiene á sus órdenes una compañía de indígenas disciplinados, compuesta de unos doscientos hombres acuartelados en Davao. Estas fuerzas son suficientes para asegurar la tranquilidad de la costa. En cuanto á la conquista del interior, España tiene el mayor interés en alcanzarla con una política firme y paciente; y los acontecimientos de los últimos años demuestran el valor de este sistema; las expediciones militares en un país accidentado, desconocido, y con frecuencia desierto, exigirían esfuerzos que no estarían en proporción con resultados siempre mezquinos.

2 junio. — Hacemos una exploración en todos sentidos, y nuestras excursiones son casi siempre fructuosas. Los habitantes de esta región se hallan casi en el estado de barbarie, aunque se cuenta con grandes recursos para el comercio y la agricultura; la falta de puertos es el mayor obstáculo para el progreso. Las costas este y oeste del

golfo de Davao se hallan expuestas al rigor de los monzones, y á la violencia de las corrientes; la desembocadura de todos los ríos, poco importantes, está obstruída por barras; sólo la bahía de Malalac, en la costa oeste, tiene un buen anclaje, según dicen.

Las costas del golfo son en general peligrosas, y hay grandes bancos que impiden acercarse á ellas; en muchos puntos, donde las corrientes tienen menos violencia, y á profundidades que varían de cincuenta centímetros á doce metros, extiéndense considerables arrecifes de políperos. El trabajo de los zoófitos, los restos acarreados por las corrientes y los terremotos, poco intensos, pero casi diarios, modifican de continuo el relieve de la costa, donde predominan, en suma, los fenómenos de levantamiento. En épocas pasadas, cuando el volcán Apó era muy activo, estos fenómenos fueron sin duda mucho más intensos.

Una alta cordillera, que sigue generalmente la dirección de norte y sur, se corre paralela á la costa oeste, dominada por el volcán Apó, cerca de Davao, y en varios

puntos presenta inmensas depresiones circulares, antiguos cráteres cubiertos hoy de espeso bosque. El Apó, en el golfo de Davao, y el Matutún, en la cuenca del Río Grande, constituyen el punto de reunión de las dos cordilleras volcánicas (prolongaciones de la japonesa) que pasan por los volcanes Taal y Magón en la isla de Luzón, y que después de haberse reunido aquí se corren hasta las Molucas.

Toda la región del golfo es esencialmente volcánica; su fértil suelo se compone, por lo regular, de los detritus de las rocas eruptivas; pero en muchos puntos, incluso las grandes alturas, las grutas y vestigios de políperos revelan la acción prolongada del mar; estos puntos son bien conocidos de los indígenas, los cuales saben por experiencia que los cafetales no prosperan en los terrenos sumergidos en otro tiempo.

La provincia de Davao es salubre, hasta en la costa, excepto en todos los puntos costeados de paletuvios, y en aquellos, muy raros por fortuna, en que la depresión del suelo ocasiona la formación de grandes pantanos, en los que se descomponen los restos de los bosques sumergidos. La diarrea, la disenteria y la fiebre intermitente son las afecciones dominantes. Entre los indios bisayas y los indígenas hacen estragos, y también atacan á los europeos, con menos frecuencia, es verdad, pero mucho más gravemente, no siendo raro encontrar bisayas que durante muchos años han sufrido á intervalos accesos de fiebre.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. — Río de Davao (Mindanao)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN